Elisabetta Di Egidio

Un día en el Cielo.-

I.- El Despertar (1)

El hombre se despertó tranquilo. Adormecido aún, se dirigió al baño y allí la tibia agua de la ducha le fue devolviendo los sentidos. Se aprestó a afeitarse y se llevó el primer sobresalto. Aquella figura que reflejaba el espejo no era la suya. Hizo varios movimientos, que el espejo respondió de inmediato. Pero escéptico, miró detrás del cristal, avergonzándose de su incredulidad.

Pero aquella figura no le era desconocida. Sí. Era él. Con unos cuantos años menos, bueno, bastantes, con más pelo y no precisamente canoso. Con menos arrugas en la cara y ¡aleluya!, con unos dientes completos, blancos, alineados, maravillosos. No eran desde luego los de Conchita Velasco, pero ¡maravillosos!

Se inclinó para coger la toalla y la cintura no crujió. Sus rodillas estaban sólidas y hasta esa deformación de su dedo había desaparecido.

El hombre se sentó al borde de la bañera y recapacitó. Sí, era verdad. Lo de "ayer" era verdad. Estaba en el Cielo. Había pasado de la vida a la Vida. Recordó el Juicio, la intervención de sus abogados, y en especial de "ella". Con qué ímpetu, con qué valentía, con qué desparpajo, como dirían en su pueblo, había intercedido ante el Tribunal para que fuera admitido en la Gloria. Para solicitar la misericordia del Dios bueno, del Dios que deseaba ardientemente conceder esa misericordia. Y allí estaba, sentado en el cuarto de baño, con un cuerpo que "fue" suyo y que al cabo de los años lo recuperaba. Unos treinta y pocos años, un físico –para qué hacerse ilusiones, pensó sonriendo- pasable, con algo de pelo y desde luego con unos dientes blancos, completos, fuertes… ¡maravillosos! Sí, estaba en el Cielo.

En su entusiasmo no se percató de que llamaban a la puerta. Se dirigió a ella y al abrirla se encontró con un personaje, bastante joven, envuelto en una túnica blanca.

- Perdón, ¿le conozco?

- Bueno, desde hace muchos años. Soy tu Ángel. ¿No me recuerdas? Por lo menos desde "ayer".

- Perdona, estoy aturdido, creo que aún no he despertado.

- No te preocupes. Bueno, soy tu Ángel y si me permites pasar …

- Perdona otra vez. Pasa, por favor.

- ¿Qué te parece tu nueva casa?

- La verdad es que aún no la he visto.

- Si me lo permites, pasaremos a la cocina. Es la estancia que más te ha gustado y desde luego con razón. Nos sentaremos y mientras desayunas hablaremos.

- Pero… si soy ahora un espíritu… ¿qué es eso de desayunar?

- En efecto. Los espíritus no necesitan desayunar. Pero… considera que estás en el Cielo. Aquí se disfruta de todo. Si hubieras sido más culto, más "leído", habrías apreciado en la Ética de Bonhoeffer, que Dios, al crear al hombre puso en casi todas sus acciones, además de un fin práctico, en este caso alimentarte, una ración muy colmada de gozo. Los hombres comen y beben para subsistir, pero a este fin fundamental, Dios añadió el que comer y beber fueran cosas agradables y gozosas. Ya ves, el hombre se viste para cubrirse del frío, pero la inteligencia humana ha logrado que el vestido sea, además, un adorno del cuerpo, una manera de volver gozoso su aspecto visible. Aquí, es cierto que no lo necesitas, te alimentarás, es decir, gozarás de la comida y de la bebida, del vestir y del aire, de la brisa, del sol y de su calor, de la sonrisa, del canto y de la música, de… bueno, ¿desayunas?

- Recuerdo vagamente Las siete columnas, de Wenceslao Fernández, aunque al revés, Dios había quitado el aspecto gozoso de los actos normales… Creo que me voy a hacer un café con unas tostadas, y … mermelada.

Muy bien. Ahora te voy a explicar varias cosas para que no vayas por ahí sin entender nada:

Existe la costumbre de que los Custodios nos hagamos durante cierto tiempo de nuestros pupilos, acompañarles para enseñar la nueva vida, los nuevos medios, etc. Pero, ¡ojo! Todo ello con el beneplácito de los pupilos, pues la libertad aquí es absoluta.

- ¿Cómo absoluta? La libertad siempre ha de ser absoluta.

- Bueno, debe ser. Porque allá, estabais supeditados a muchos factores, "las circunstancias" como dijo Ortega. Las pasiones, los intereses, un largo etcétera, inciden en esa libertad, que aunque la creas "libre" y "voluntaria" en realidad no lo es. Aquí no hay prejuicios y solamente la verdad y el amor domina toda nuestra vida.

- Y esa libertad ¿es tan absoluta como para…?

- Sí. Rotundamente sí. Hasta para ofender a Dios. Bueno, ya se dio el caso. Lucifer, ensoberbecido por su belleza, por su sabiduría, por su poder, desafió a Dios con un Non Serviam que entenebreció la Creación. Pero ¿Quién como Dios?, fue rechazado y lanzado al abismo, él y sus secuaces. Aquí, domina como te he dicho el Amor y la Verdad. Y no creas que te será fácil adaptarte a la nueva situación. Bueno, otra cosa que te he de advertir, es que te falta el cuerpo. Para que el hombre, la mujer sean completos, ha de poseer cuerpo y alma. El cuerpo ya lo recuperareis, y por cierto glorioso, el día del Juicio General.

- ¿Y falta mucho para ese día?

- Vamos por partes. Ante todo- continuó el Ángel-, estás en el Cielo. Un lugar que por definición es el "conjunto de bienes sin mezcla de mal alguno". Bueno, como definición pase, pero que tiene que ver poco con la realidad. Pues "los bienes" son infinitos, eternos, y para comprender eso no basta la definición, sino que hay que vivirlos, saborearlos

- ¿Saborearlos?

- Pues sí. Saborearlos, vivirlos, experimentarlos. Un bien que estás apreciando, que estás saboreando pero sabes que no va a extinguirse, pierde bastante de sus dones. Porque el agotar estos dones es el placer, muy "mundano" si quieres, pero muy real. Aquí no es así.

Aquí la sensación al disfrutar ese bien, es como si el placer del mismo fuera a terminarse. Y en efecto se termina, pero… ¡para volver a empezar de nuevo!

- Otra cosa que debes saber. El concepto de tiempo. Esto es la Eternidad. El tiempo, como ya dijo Eistein, es un concepto no esencial, es superfluo, accidental. Como ya verás, podemos desplazarnos por el tiempo a nuestra voluntad, el pasado y el presente están a nuestra disposición.

- ¿Y el futuro?

- El futuro solamente es conocido por el Padre. A Él le corresponde su determinación y a todos los demás…

- Comprendo perfectamente esto, lo que no sé es si podré adaptarme.

- Precisamente por eso, bueno y por otras cosas, aquí llevamos prácticamente el mismo calendario que en la Tierra. Es muy "útil", aunque solo sea para saber lo que es anterior y lo que es posterior.

- ¿Cual es el programa para "hoy"?

- Lo dices con ironía, pero acepto esa expresión, pues el hoy es parte de la Eternidad. Lo iniciaremos como es habitual, dando gracias a Dios.

- ¿De alguna forma en especial?

- Pues no. De una "forma" muy normal y corriente. Con la Santa Misa. Es la oración por excelencia, en la que Petición, Ofrecimiento, Gracias, Reparación, etc. etc. se dan de una forma excelsa, pues el Sacerdote y la Víctima lo asume Cristo, el Hijo ante el Padre.

- Pero aquí en el Cielo…

- Sí. Precisamente aquí en el Cielo. Cristo se dirige, intercede, se ofrece al Padre, como allá en la Tierra.

- Y cuando termine, bueno, cuando llegue el Juicio Final, ¿continuará…?

- Naturalmente, la Oración es eterna, no solamente la oración de Cristo al Padre, sino la vuestra, la de cada uno de los bienaventurados, oración de gracias; como la nuestra, la de los ángeles,… y la Eternidad será corta para dar cumplimiento a esta dulce obligación.

- Y ¿adonde vamos?

Si te parece iremos a una pequeña parroquia allá en Kenia. Un científico francés, que como científico era de tercera división, se dio cuenta de que a la vida hay que darle un sentido de verdad, y ya mayorcito se hizo sacerdote y se metió en esta aldea, perdida en el mapa. Aparte de su vida como "cura", bastante intensa por cierto, pues lleva un apostolado maravilloso, también se dedica a mantener un, llamésmole hospital, con gran satisfacción de los indígenas y desde luego para él.

¿Tardaremos mucho?

- Tu amigo, bueno, conocido de oídas, Einstein, dijo que la velocidad máxima es la de la luz. Se equivocó, pues la máxima es la velocidad del pensamiento. Ya estamos, ya hemos llegado.

- Me hubiera gustado tardar "algo" para charlar un rato contigo. Por ejemplo: este desplazamiento es excepcional por alguna causa, o habitual, para siempre.

- Pues es habitual y para siempre. Es decir, cuando estés "completo", es decir que poseas alma y cuerpo, éste será glorioso, gozará de las mismas cualidades del espíritu, pero materializado, será de carne y hueso y gozarás de todas las cualidades que se posee el espíritu y la materia, pero en conjunto, unidas estas cualidades por toda la eternidad.

- Esto de la eternidad me lo tienes que explicar mejor.

- Pues no sé cómo hacerlo. Verás, un buen día Dios creó tu alma y la hizo inmortal. Es decir, ni Él mismo puede destruirla, pues se desdeciría de lo que ha prometido. Entonces vemos que el alma tiene un principio, pero no tiene un final. Pasarán los años, los siglos y seguirá existiendo el alma. Eso sí, unas disfrutando de toda la Creación y otros… bueno, pasándolo bastante mal, pues al faltarles el Amor para el que fueron creadas, se encontrarán vacías, sin perspectiva, sin esperanza…

- ¿Es ésta la Iglesia a la que hemos venido?

- Pues sí. Como verás no tiene la magnificencia de las Catedrales góticas, ni la riqueza de los Santuarios, pero… aquí y dentro de unos minutos se va a celebrar la mayor de las conmemoraciones de la Humanidad. Cristo, se hace como pan, se hace como vino, pero no de una manera simbólica, sino realmente es Él. Y ese Cristo será el que se inmole al Padre, será el intermediario entre esta pobre gente y el Hacedor.

Una pequeña concurrencia de mujeres y algunos hombres a los que se podía añadir una docena de pequeños entraban en la Capilla, buscando alborozadamente el mejor sitio, el mejor cerca del altar. Ya antes había ocupado el primer banco, un grupo de mujeres, negras, brillantes, con la cara deslumbrante, esperando ansiosas la llegada del celebrante. Era el coro de la parroquia. Un anciano, con el pelo canoso que acentuaba el negro de su tez, encendía las velas del altar.

Ceremoniosamente, muy despacio, apareció el sacerdote, acompañado de una docena de niños, o tal vez más, que se pusieron tras el celebrante. Un silencio reverente impresionaba en la capilla. Y de pronto, unas voces armoniosa, potentes, disciplinadas, aturdieron la iglesia con un canto de alabanza y petición. En su lengua formularon, entre aleluyas, las oraciones que el hombre comprendió perfectamente. Se dirigió al Ángel para comunicarle este aspecto, pero su acompañante, de rodillas y reverente se unía a los fieles en un acto de adoración y amor.

Antes, como oropeles y bisutería, vio el hombre los ofrecimientos de los fieles, pero Cristo los tomó y los convirtió en gemas preciosas, que el Padre aceptó complacido, viniendo de las manos taladradas del Hijo. Y Cristo se ofreció al Padre renovando la Redención. Y el hombre comprendió. Y el hombre arrodillado, adoró. Y el hombre entusiasmado, gozó de la Gloria del Crucificado, de su entrega, de su victoria.

La Santa Misa se iba desarrollando y los parroquianos, reverentes, se aprestaban con su piedad al gran momento. El sacerdote pronunció las palabras de la Consagración y el hombre vio a Cristo en las manos del sacerdote, elevándose y bendiciendo a la

concurrencia. Atónito el hombre exclamó en un silencio total un "Señor mío y Dios mío" como nunca lo hiciera en su vida. Pero era normal. En la tierra, Cristo estaba oculto bajo las especies, pero ahora no había por qué esconderse para él y los ángeles que le acompañaban. El hombre arrodillado, adoraba a Cristo y entendió entonces mejor lo que antes creyó y ahora veía.

Llegó la Comunión que recibieron prácticamente todos los asistentes, empezado por el anciano canoso. Unos devotos, otros distraídos, pero en todos los corazones entró Jesús, sonriendo. Pero el hombre no la recibió.

Terminó la Misa y apesadumbrado, se sentó en el escalón de la entrada. Compungido se iba a echar a llorar, cuando vio a su lado a Cristo, que sonriente le hablaba.

- Mírate dentro.- Ya estoy en ti y para siempre. Pero yo estoy ahora en ti, porque antes, mucho antes, tú estabas en mí. Desde antes de la Creación, te amé, te quise.

- ¡Señor mío y Dios mío!

- Y ya, para siempre.

- ¡Señor mío y Dios mío!

- Por cierto, ¿cuánto habría ganado Tomás si hubiera patentado esa frase?

- ¡Señor!, yo no puedo saberlo, pero sí aseguro que esa frase nos ha hecho infinitamente ricos a muchos.

Cristo con una sonrisa y un gesto de su mano se retiró. Y el hombre buscó a su Ángel

Antonio Rosales